

Tres contradicciones mendocinas

Gustavo Valle

El intocable Niccolino

Un boxeador que no pega. Un púgil pasivo. Ése era Niccolino Locche. Quebraba la cadera, doblaba la cintura, se agachaba, esquivaba *opers*, esquivaba ganchos, pero no arrojaba un solo golpe. Su escurridiza técnica le valió el apodo de «El intocable» y fueron muchos los que vieron en él a un asustadizo contrincante, un miedoso en el *ring*. Derribó el valor que solemos darle a la fuerza, o en todo caso inventó otra acepción de lo fuerte. Sin temeridad, sin coraje, sin gallardía.

Nació en Mendoza, Argentina, en 1935 y murió el pasado 7 de septiembre en Buenos Aires. Era hijo de inmigrantes italianos nacidos en Messina y tenía cara de pocos amigos (nariz rocallosa y calvicie que metía miedo), aunque en realidad era bromista como pocos y siempre sonreía. Tenía fama de perezoso y prefería fumar y salir de copas antes que golpear repetidamente la pera y saltar la cuerda sobre el entarimado del gimnasio de don Paco Bermúdez, su entrenador y consejero, con quien mantuvo una cómica relación parecida a la de un padre severo y un hijo indócil. Don Paco lo perseguía, Niccolino se escapaba; don Paco le halaba las orejas, y Niccolino se reía.

Posó para *El Gráfico*, el famoso semanario deportivo de Buenos Aires, disfrazado de gaucho, disfrazado de Carlitos, haciendo mil muecas. Jamás lució la arrogancia de un Muhammad Alí ni se mostró bravucón como Mike Tyson. Lo suyo era el humor, y para eso se necesita más maña que fuerza. Con su simpatía consiguió llevar al Luna Park a los poetas, a los teatreros, a los intelectuales, a las damas de sociedad. Al cineasta y cantante Leonardo Favio y al bandoneonista Aníbal Troilo se los vio alrededor del cuadrilátero. La gente iba a ver cómo un boxeador podía ganar una pelea sin pelear y escribir con los puños una fábula similar a *La liebre y la tortuga*, donde en vez de la velocidad, era la fuerza la que estaba en juego.

Se hizo con el Campeonato Mundial de la categoría Welter Juniors la noche del 12 de diciembre de 1968 al doblegar al hawaiano Paul Takeshi Fuji en la ciudad de Tokio. La pelea resultó fácil para Niccolino pues, faltando a sus hábitos, invirtió muchas horas de gimnasio y se aplicó severas dietas de gofio. Los golpes de Fuji pasaban a milímetros de la humanidad de Niccolino, sin tocarlo. El hawaiano parecía luchar contra un hombre invisible. Y es que sus rivales perdían por extenuación, por frustración, incluso por vergüenza, algunos por *nocaut* técnico pero nunca por *nocaut* fulminante. Después de diez años como profesional, el mendocino obtenía la titularidad y los que acudieron a la cita recuerdan verlo llorar como una magdalena, pero con lágrimas de alegría. Así era Niccolino, como el Laucha Benítez de aquel cuento de Ricardo Piglia: un boxeador sentimental.

Su primera defensa fue con el venezolano Carlos «Morocho» Hernández que venía de perder el cetro dos años atrás. Aquella noche en el Luna Park el Morocho Hernández mandó a la lona a Niccolino en el segundo *round*. El réferi, Víctor Avendaño, contó en cámara lenta, 1...2...3..., Niccolino logró reponerse y de inmediato sonó la campana. La situación se invirtió en el 3º y 14º *round*, cuando sería el venezolano quien probara la lona. Niccolino conservó el título, como se dice, guapeando.

Otra célebre defensa fue contra Antonio Cervantes, mejor conocido como «Kid Pambelé». Pambelé se movía como una avispa y a Niccolino le costó descifrar aquellos aguijones, pero lo consiguió. No correría con la misma suerte dos años más tarde en lo que sería la revancha de Pambelé. Para ese entonces el colombiano ya era el campeón del mundo y Niccolino, el aspirante. Pambelé estaba en el tope de sus condiciones físicas frente a un Niccolino de treinta y cuatro años que iniciaba su camino de vuelta. El resultado no podía ser peor para el mendocino: aquella noche recibió la peor paliza de su vida. La leyenda de «El intocable», el torador de golpes, el boxeador que no pegaba, comenzaba a desbaratarse.

En 1980 *El Gráfico* organizó una gran encuesta pública donde preguntaba: «¿Debe o no debe volver Niccolino?». El boxeador contaba con cuarenta y un años y el resultado arrojó un contundente y rotundo «No», que fue interpretado como un acto de protección masiva al ídolo. Sin duda la gente pensó que lo harían añicos y se negó a avalar una crueldad. Los resultados de la encuesta fueron televisados como si se tratara de una emisión de la lotería, y contó con la presencia del pro-

pio boxeador ejerciendo de «notario». Él se debía completamente a la fanaticada y aquel sonoro «No» bastó y sobró para que colgara los guantes.

Nunca pudo lucir el cinturón de Campeón del Mundo. La Asociación Mundial de Boxeo prometió y prometió el dichoso cinturón, pero el cinturón llegó treinta y seis años después de obtener la titularidad. Niccolino, a los 66 años y enfermo, mostraba a la prensa el galardón. Sin duda esto quedaría como una recompensa cruel para el peleador que no peleaba. Era de suponer que a la industria del box no le interesaba contar con campeones pacíficos. La violencia vende, el espectáculo está en los golpes, pero Niccolino fue adorado por lo todo lo contrario.

En estos días se lo recuerda con afecto. *El Gráfico* sacó a la calle un número especial con excelentes fotografías de sus peleas. La prensa de Mendoza y Buenos Aires cubrió ampliamente su fallecimiento. Ni Carlos Monzón fue tan querido. Monzón era la imagen del éxito: pegador, guapo, estrella de cine. Monzón era el macarra y malo de la película. Pero Niccolino era otra cosa. Niccolino era el bonachón. Un boxeador bonachón. Hizo del deporte de los puños un arte exclusivamente de defensa. No pegar era pegar doble, esquivar un golpe era dar en el blanco. Como el Bartleby de Melville, parecía repetir hasta el cansancio «preferiría no hacerlo».

Pienso en Niccolino Locche como una especie de Chance, aquel personaje de la novelita de Jerzy Kosinski, que llega a las altas esferas del poder sin poseer ningún atributo. Chance desbarata el canon del conocimiento y lo suplanta por el canon de la ignorancia. Y Niccolino sustituye el canon de la fuerza por el de la debilidad. Una debilidad tan robusta como el más fuerte de los *opers*.

El gaucho milagroso

Que un bandido se convierta en héroe es algo que no debe asombrarnos, pero que un bandido ingrese a la categoría de lo sagrado y reparta milagros a los creyentes, merece una mayor atención.

El gaucho Juan Francisco Cubillas nació en Mendoza a finales del siglo XIX en el seno de una familia de principios éticos endebles. Esto quiere decir, vulgares cuatreros, ladrones de ganado y esporádicos asesinos. Por supuesto, el pequeño Juan Francisco copió las malas mañas y ya siendo un adolescente cometió su primera fechoría: robó un caba-